

LAS DOS POSICIONES «CENTRO» EN EL PROBLEMA DE LA NATALIDAD

El problema de la natalidad, oscurecido e intrincado a causa de la conciencia turbia con que muchas personas lo afrontan, por el sentido de la angustia de que viene penetrado —¡esas cifras siempre alarmantes!— y por las implicaciones ulteriores en el orden económico-social, cuenta en cambio con una claridad de paredes maestras a la hora de fijar las diferentes posiciones que tratan de resolverlo. Posiciones que con frecuencia no son sino la avanzadilla lanzada al campo de una especialización concreta de actitudes fundamentales ante la vida: llámense éstas, actitud protestante, comunista, supersticioso-primitiva, liberal europea o católica.

Por un lado tenemos la teoría neomaltusiana de raíz protestante, definida por el Birth Control, que somete el crecimiento de la vida a la voraz lima de doble filo de un cálculo cerrado en el terreno objetivo y de un egoísmo personal en el orden de la conducta, reduciendo hasta el máximo el número de los nuevos nacidos. En el extremo opuesto encontramos el culto a la natalidad numerosa, eco lejano pero aun subsistente en ciertas mentalidades primitivas¹ y pluma con la que se ha querido adornar, aunque saliendo desairado ante las miradas de todos por sus clásicos vaivenes oportunistas, el mundo comunista. La enciclopedia soviética grita más que expone en el artículo correspondiente sobre la población: «No puede haber exce-

¹ No queda incluida en modo alguno en este apartado de la familia ciegamente prolífica por mentalidad primitiva, la familia numerosa católica, en su versión de realidad conscientemente querida. Subsiste en muchos medios católicos dotados de una mentalidad del mejor cuño moderno y que no debiera perderse nunca como testimonio de un cristianismo concebido como sacrificio no al estilo penitencial-anacorético sino creador de la vida misma. A ellos más que a nadie va dirigido el bello pensamiento de Peguy: «los padres de familia, esos grandes aventureros de la edad moderna»...

dente de población bajo un régimen socialista aunque se produzca un crecimiento demográfico rápido.» Otra cosa fue la rectificación hacia un control de natalidad verificada por Mao en 1956 y la conducta asimismo antinatalista de la mayor parte de las democracias populares.

Flanqueadas por esta doble posición extrema, o dicho en otros términos, entre el exterminio y la proliferación sin freno, se abren paso otras dos actitudes intermedias, dos posiciones centro, que son las que vamos ahora a analizar y confrontar. No sería la vez primera que la verdadera solución ronda zonas de moderación y equilibrio. En ellas cuajan el europeísmo liberal independiente pero penetrado de tradición cristiana y el catolicismo ensamblado en el mejor estilo radical de nuestra cultura occidental.

Y hemos preferido en lugar de orillarlas en el camino y abrirnos paso por nuestra cuenta, recoger al paso dos obras importantes y recientes, características una y otra de sendas posiciones enunciadas: Son el libro de Alfred Sauvy, *El problema de la población en el mundo, de Malthus a Mao-Tse-Tung* (versión española, Madrid, 1961), y el de Stanislas de Lestapis, *La limitation de naissances* (París, 1960).

Alfred Sauvy es figura veterana en la demografía. Desde su cátedra alzada en el INED de París viene ejerciendo un magisterio que podemos calificar de mundial, partiendo de su *Tehorie de la population* y prolongado en la revista «Population». En el libro a que nos referimos, el último salido de su pluma, se remansa de alguna manera toda su obra anterior. Examinarlo significa, por tanto, adentrarse en el pensamiento de una de las figuras más representativas en estos temas. La ficha intelectual de Sauvy podemos formularla así: un científico en el mejor y en el no tan buen sentido del vocablo, con un conocimiento de los recursos todos de su parcela acotada en el campo de la ciencia. Con amplitud suficiente para relacionarse con las disciplinas afines a la demografía: la historia, la geografía, la sociología... Pero pegado al suelo, al estilo positivista, sin alcanzar nunca a dar el salto vertical hacia un sistema de principios que arrojen mejor luz sobre los problemas debatidos.

El libro de Lestapis se evade también de la importancia concreta de un libro más sobre la natalidad. Detrás de él está toda la postura católica, que puede encontrar en él su portavoz oficioso desde el momento en que ha sido el hombre escogido por el Vaticano como observador o miembro de las asambleas internacionales de población. Su actitud fundamental es la del humanista y teólogo en una pieza, demógrafo por repercusión, que ha llegado a la ciencia de la población por esa exigencia que tienen las ciencias del espíritu cuando se albergan en un hombre auténtico, a descender por resaltes planos —los tres órdenes de Pascal que utilizará el autor— hasta la planicie en que se debaten los hombres de carne y hueso. Nadie podrá culpar a Lestapis de desconocer en su libro, que ya viene precedido de numerosas publicaciones sobre el tema, todos los datos y la entraña de la problemática actual en materia de demografía. Pero es siempre el tesoro de ideas que le respalda quien vivifica y valora los datos positivos que maneja.

Esta diferencia fundamental en víspera de inclinarse a escribir sus respectivas obras no impide el que se observen en ellas importantes coincidencias que conviene destacar desde el principio. No es insignificante el detalle de que ambos rechacen la nomenclatura de *Birth Control*. Para Sauvy la expresión original inglesa está llena de «ambigüedad» y su versión por *control de natalité* es «un contrasentido». Propone en su lugar la de *prevención de nacimientos* en la cual queda incluido también el mero espaciamento de los hijos, aunque no haya limitación propiamente, y se insiste en el aspecto negativo de desgracia que la prole numerosa o muy seguida supone. Lestapis encuentra la fórmula inglesa internacionalizada, representativa de un sistema abusivo en el que triunfa en la solución del problema la técnica sobre la conducta, al tiempo que lleva a un mundo cerrado, contrario al mundo abierto que implica siempre la vida. Su formulación será la de *regulación de nacimientos*. Más tarde veremos lo que ella significa. En esta breve escaramuza de terminología cada uno ha tomado ya posición. Sauvy será el pseudo-malthusiano indeciso y pesimista. Lestapis el hombre lanzado con fe en la vía de la solución ética y humana.

Otra coincidencia también importante de ambos autores es el considerar el tema de la población desde ese bloque geográfico-humano que hasta los primeros episodios de la guerra fría acostumbrábamos a llamar pueblos coloniales, luego se les ha calificado, previa una extensión de su área, como países subdesarrollados, y en el hoy más reciente se les comienza a denominar el «tercer estado». Precisamente, Sauvy se encarga en el prólogo de apuntar algunas interesantes reflexiones sobre este último término, embrionario todavía pero que encierra ricas perspectivas sociales y geográficas. No tratamos ahora de profundizar en el sentido lleno de resonancias de la triple etiqueta². Valga solo el rasgo fundamental que ambos autores han captado sin titubeos: los problemas de la población se han desplazado de su antiguo campo; el marco reducido de los países del occidente europeo. Si recorremos los escasos estudios demográficos de hace medio siglo e incluso los de hace una veintena de años, nos encontramos con que los índices de natalidad de Francia y Suecia se debatían con el mismo detalle y exclusivismo con que se analizaban las causas de la primera guerra europea en el mosaico de las fuerzas y tensiones de occidente, sin aventurarse jamás a rebasar las fronteras de Bagdad o de Texas. Solo más tarde este nuevo «Ignotum» de nuestra cartografía humana moderna, el mundo extraoccidental, se ha alzado poderoso absorbiendo la sensibilidad política y social. La aparición monstruosa en su magnitud y en sus reivindicaciones del último «tercer estado» surgido en el horizonte de la historia, se ha llevado también definitivamente la última «belle époque» de nuestro continente. Hoy hay que contar con él en

² Puede verse sobre este tema la obra de colaboración dirigida por JACQUES BALANDRIER, *Le Tiers-monde. Sous de veloppement et développement*, cuaderno número 27 del INED.

todas las asambleas. Y la demografía se ha encontrado con la misión de recoger el problema elemental —su misma existencia *problemática*— de esos mil seiscientos millones de seres no incluidos en el núcleo de la civilización occidental, avalancha de humanidad en fermentación social, que al inclinarse a uno u otro lado pueden desequilibrar a placer la balanza de poderes en un plebiscito mundial tácito como sucede diariamente o explícito como acaece en las sesiones de la ONU. Con ello la importancia de los estudios demográficos en el conjunto de las ciencias ha aumentado considerablemente y la necesidad para nosotros de encontrar una recta solución viable se hace más exigente.

Estos son los puntos de contacto iniciales. Veamos ahora la divergencia de hecho.

LA OBRA DE SAUVY

El esquema intelectual de sus páginas parte de una idea madre, con perfil típico de pensamiento maduro de un científico que lleva muchos años consagrado a su especialidad y encuentra la visión angular de los problemas como la más fecunda. La medicina, piensa Sauvy, ha corrido más que la economía. La guerra contra la muerte iniciada en la segunda mitad del siglo XVIII ha privado a Aqueronte, es expresión suya, de un volumen inmenso de vidas humanas que han quedado en este mundo y para las que la economía, lenta en su proceso de renovación, no tenía ni sigue teniendo (!) las proteínas suficientes para su sustento. A partir de aquella época cada año transcurrido ha significado un volumen mayor de humanidad salvado a la muerte. El ritmo mismo de salvación ha sido cada vez más intenso. Estamos ante un río caudaloso al que le fuésemos cegando lentamente su desagüe natural y cada minuto le viésemos subir rebasando las orillas de su cauce hasta amenazar cubrir todo el paisaje. Todo lo que entraña de respiración reseca y angustiada esa actitud que hemos denominado pseudomalthusiana, queda bien retratada en esa idea repetida de modo insistente a lo largo de las páginas del libro. Psicológicamente no deja de ser interesante observar la reacción que traída de la pluma de su colega Vogt, la asimila el autor a su obra hasta preocuparle o asustarle en una fraseología indecisa y por demás significativa. La formulación a cara descubierta es esta: ¿No convendría frenar de algún modo a la medicina en su beneficiosa tarea de salvar vidas?

Pero terminemos de perfilar la idea central de Sauvy. Estas vidas que se han salvado, seres de supererogación en algún sentido, pertenecen en la gran mayoría de los casos a las personas más pobres, las que de por sí estaban más alejadas de los medios de higiene y profilaxis, incapaces de acudir a remedios que aunque primitivos tenían una relativa eficacia. Para cualquier mediano conocedor de la historia social contemporánea, salta en seguida la conclusión: carne de la revolución social labrada trabajosamente a lo largo del siglo XIX fueron precisamente estos seres salvados a las periódicas epidemias de tifus, viruela, etc., que hasta esta época habían diezmando fatal-

mente a la humanidad. Al aumentar fuera de toda previsión, no pudieron subsistir en un medio agrícola parcelado desde tiempo inmemorial y poco elástico por naturaleza para acomodarse a situaciones nuevas. Se trasladaron a las ciudades ofreciendo de paso su mano de obra a la naciente industria. Tenemos a la demografía mandando sobre la espesa maraña de los conflictos sociales modernos. La proliferación se identifica con «lo social». El proletario de «proles» adquiere un nuevo sentido filológico-histórico. En adelante toda política de restricción de nacimientos será de un modo u otro aliada del capitalismo: el régimen de pocos y de los mejor dotados. Malthus representaba a esta clase poseedora. Marx y Proudhon encabezaron esa actitud problemática y entusiasta ante el advenimiento de nuevas oleadas de masas al mundo. Y así se cierra esta línea de pensamiento con el subtítulo expresivo del libro: *De Malthus a Mao Tse-Tung*, es decir, del hombre de quien dijo Proudhon, «sólo hay un hombre de más sobre la tierra y ese hombre es Malthus»; a Mao Tse-Tung, el dictador comunista del país subdesarrollado más poblado que con su política oscilante, pero en el fondo alenadora de nacimientos, tiene en vilo al resto del mundo.

En torno a este planteamiento básico, Alfred Sauvy empasta una serie ininterrumpida y a veces algo dispersa de datos, reflexiones y experiencias personales, unas revestidas de más novedad que otras respecto a anteriores publicaciones, siempre de un buen nivel. Lo único que sentimos es que retrasan y entorpecen la solución que el lector podía esperar. Pero esta solución, no viene, no puede venir. Hay ausencia positiva de solución, ausencia de esperanza, actitud de retracción, algo así como si el viejo maestro se sintiese rebasado por la magnitud del problema. Porque ¿qué otro sentido puede tener esa frase de uno de sus últimos capítulos cuando revolviéndose en torno a la hipotética píldora anticonceptiva se «agarra» únicamente a ella porque si no, no hay manera de romper lo que él llama «cerco infernal del número y de la miseria?», y ¿qué sentido tiene también esa boutade (nos excusamos de reproducirla) con que apostilla la seria reflexión de Josué de Castro, colofón de la obra? Es cierto que Sauvy se siente aprisionado en un cerco infernal y obsesionante de número y miseria. No sale de él. No puede salir. Por eso no tenemos reparo de remachar en el siguiente epígrafe todavía más esta situación desesperante antes de tomar en nuestras manos el otro hilo del diálogo: la obra de Lestapis.

LAS CUATRO GRANDES ANTINOMIAS DEL ANTINATALISMO

Vimos cómo el problema de la natalidad está hoy localizado muy preferentemente en los países subdesarrollados. Si estos no existiesen el problema concreto de la natalidad pasaría a segunda fila, algo así como sin el polvorín social que centra la pavorosa situación mundial, ciertas viejas querellas de nacionalismos entre los países de occidente se traducirían en guerras de sable y espada. Es preciso —y aquí se anuncia la primera antinomia—

reprimir de algún modo esa población que malvive. Pero resulta que la represión se viene efectuando desde sus orígenes en los países no subdesarrollados y comienza a serlo en las capas sociales más desarrolladas de los países subdesarrollados. Tal situación no deja de crear en el observador atento un estado de perplejidad. Y más si ni en la actualidad se nota un cambio neto de sesgo. A parte de que la solución urge. La naturaleza parece eludir siempre el verdadero rostro del problema —el dolorido y mal alimentado— dejando irónicamente que la solución antinatalista se cebe sobre la otra cara sonriente y satisfecha de la vida. Es la «selección», los pocos a quienes Malthus quiso defender, los que se capitidisminuyen, mientras que los países subdesarrollados añaden a su enorme aumento absoluto un crecimiento relativo respecto a los primeros todavía más aterrador.

Por otra parte —y es la segunda antinomia, esta vez de signo metodológico— tenemos que una solución que desfavorece a la natalidad conduce a un avejentamiento de la población. El caso del Japón que Lestapis recoge y Sauvy resalta es tal vez el más sensible por la extrema rapidez con que se ha producido. Pero no el único. Todo país que se ha echado en brazos de la solución antinatalista, tiene ya metido dentro, como un caballo de Troya, el avejentamiento de su población: esa «definitiva decadencia» de todo grupo social en frase del mismo Sauvy. Ahora bien; en ninguna metodología se admite una vía de solución que aboque irremediablemente a un nuevo y peor conflicto. Es preferible dejar en pie el primer interrogante a no ver nacer de la falsa solución el monstruo de la gerontocracia que devore por la vía de una esclerosis fatal y de múltiples aspectos la vida de la humanidad.

Además —tercera antinomia— la atmósfera «económica» y realista que ha inspirado las doctrinas del control y de la prevención de nacimientos invita a concluir que es más económico salir al paso de una superpoblación del mundo, eliminando a los más ancianos que no a las jóvenes generaciones que se adentran en el curso de la vida. Tres años de trabajo bastan, según los cálculos, para que un hombre normal compense los gastos de su educación. Trabajo que será más cualificado y remunerable que el de la generación anterior. El anciano ante el ritmo irreversible de la vida nada tiene que aportar ya. Por añadidura solo consume una riqueza siempre algo superior cualitativamente al menos, a la que él produjo. Es esta una travesura mental, de humor negro, que puede preocupar a todo servidor del antinatalismo conforme vaya entrando en años, pero sobre todo es una proyección sobre la pantalla de la vida consciente de lo que se perpetra en la oscuridad anónima de las vidas en vías y estado de gestación. Permítasenos decir como formulación hipotética, que siempre sería preferible sentimental y financieramente decapitar vidas de adultos conforme llegan a la edad del retiro que segar seres humanos en trance de abrirse a la vida.

Por fin —cuarta antinomia—, resulta desconcertante (aunque explicable) el que se hayan impuesto la teoría y las prácticas anticonceptivas con el fin de evitar el aborto y en los sitios en que se han puesto en vigor, el número de abortos lejos de disminuir ha cobrado precisamente desde entonces un

ritmo ascendente. Es que la aberración ética en que uno y otro se fundan es la misma; se ha ensanchado la charca solamente. No podemos menos de recordar como una réplica cabal del fenómeno aludido, la exposición de motivos de la legislación de algunos países para admitir el divorcio: se trataba no de admitir el divorcio en sí, sino de evitar el amor libre. Y, naturalmente, admitido el divorcio, convivieron ambos sin hacerse la menor sombra, antes creciendo cada uno con mejor brío.

Cada uno de estos puntos de vista que hemos querido titular las cuatro antinomias de la política antinatalista, inciden desde los más distintos ángulos en esa impresión de confusión y desconcierto, de fracaso en una palabra, a que nos arrastra la línea de solución propugnada no solo por el control, sino también en su medida por la prevención de nacimientos. Es el *something rotten*, Shakesperiano. Hay algo que no marcha bien en este estilo de solución que hay que corregir de raíz.

LA OBRA DE LESTAPIS O LA POSICIÓN CATÓLICA

Es este el momento de abrir las páginas del libro de Lestapis. En él, lo avanzamos ya, el horizonte positivista y desesperanzado de Sauvy encuentra un clima de transcendencia que hacen prever soluciones distintas. Incidentalmente nos dijo Sauvy en su obra que las doctrinas económicas saturadas de racionalismo (como tantos otros campos de la ciencia) y soluciones encontradas lograron salir por obra de Keynes del círculo que les ahogaba mediante un recurso al mito, a la hipótesis, a la evasión. Diremos sin forzar el plano de la analogía, que esa es la actitud de Lestapis. Dar un salto de gigante desde el mundo numérico y encasillado de Sauvy hasta la interioridad del hombre definido como misterio y persona. Sauvy nos había dicho en una página de su libro: «Dejemos aquí a un lado toda idea religiosa e incluso toda consideración moral en el sentido estricto del vocablo, no porque la despreciemos, sino por el contrario a causa de su carácter elevado, inaccesible a toda ciencia». Lestapis por el contrario nos inicia en su metodología con estas palabras: Abordaremos el problema «a partir de su realidad más interior».

Un hombre y una mujer se aman. Ese temblor es ya una búsqueda apasionada de la vida. Allí, en el fondo de los dos seres, en el doble misterio de la incógnita y de la oscuridad nace el hombre.

La estructura objetiva de la sexualidad es que es un orden creador; creador de una persona. Separar sexualidad y creación equivale, aunque en un orden muy inferior de importancia, a separar el gusto por el comer de la función nutritiva. En la vida corriente reconocemos pronto los principios de abuso de esta última división anormal y la modalidad radical de la misma, la que admite un paralelo más claro con el placer sexual no creador, nos conduce a aquellos vomitorios de que nos habla Tácito, emplazados junto

a las salas de convites pantagruélicos de una Roma rebajada... Antinatural. Ni en la historia del vicio han tenido éxito.

La fórmula de la vida conyugal no es tú para mí y yo para ti. Sino nosotros dos para otro. El placer es solitario y nos abandona a nosotros mismos. El amor sexual jugando a la contra de la creación significa la yuxtaposición de dos egoísmos. En lo más profundo del amor hay un ritmo de vida. No se puede mutilar la rica esencia del consorcio humano dejándole reducido a la categoría de esposo privándole de la de padre. Esposo y padre, *ambos*, son los dos polos del matrimonio humano.

El hombre puede pasar de largo o provocar el proceso sexual-creador, pero una vez éste desencadenado no es lícito interferirse en él. En el proceso creador (prescindiendo de que siempre actúa de alguna manera Dios) existe ya de por medio una persona. Esta atraviesa un estadio clandestino y silencioso desde la puesta en marcha de este proceso hasta su nacimiento. Los derechos nacionales vigentes retienen a veces fórmulas viejas amparadas por modernas exigencias del vicio. Pero la psicología, la teología, la medicina, ciencias indispensables en esta materia, están cada vez más de acuerdo en conceder plena categoría de persona a este ser humano indefenso, que todavía no ha visto la luz. Posee ya un halo de inviolabilidad, de respeto a la persona que ha de acompañar a ese ser durante toda su vida como certificado de su naturaleza humana. Atropellar su vida no se diferencia del atropello a una vida joven o senil en tanto no haya diferencia substancial entre talar un árbol centenario, retorcer un tronco joven o aplastar una semilla³.

Indudablemente estamos ya instalados en un ambiente totalmente distinto. Pero antes de seguir adelante nos interesa salir al paso de una dificultad. ¿No hay en estas nociones un matiz de confesionalidad que conviene evitar precisamente en bien de la tolerancia y el diálogo abierto? Naturalmente que tal enfoque implica una determinada postura ideológica. De nuestra parte hemos evitado cuidadosamente cualquier interferencia formal de carácter sobrenatural. Pero el mismo Sauvy nos ha dicho que en este asunto pesan tanto como los poderes públicos con su autoridad y riqueza de medios para conseguir sus fines, los grupos religiosos que llegan con más facilidad y eficacia a la intimidad de la persona y de la familia en que se deciden las distintas actitudes ante la natalidad. Cada religión —islamismo, hinduismo, catolicismo, protestantismo— debe dejar oír su voz aunque pre-ponga determinadas creencias.

³ Es conocido el caso de un doctor ginecólogo sueco que profundamente impresionado por la extensión que cobraba la práctica del aborto en su clínica, decidió entablar este diálogo inicial con las madres que venían para ser intervenidas: —¿Tiene Vd. otro hijo? —Sí, uno... —¿Cuántos años tiene? —Siete, quince años... —¿Quiere Vd. que hagamos una cosa? Traiga Vd. a ese hijo y lo matamos aquí entre los dos, él ya ha vivido algo, ha conocido y disfrutado la vida... Asegura el médico en su narración que aquellas mujeres se revolvían excitadas y frecuentemente sufrían una fuerte conmoción psíquica.

Por otra parte las ideas en que se apoya el catolicismo y que Lestapis recoge, tienen aquí, como en muchos otros asuntos, la ventaja de apoyarse en categorías del pensamiento universales. Solamente con la ética natural al margen de todo dogma se puede llegar a conclusiones similares. ¿Cómo explicar si no el que personas de tan distinta mentalidad espiritual como Freud, Blondel, Bergson o Gandy —ese Gandy de quien Sauvy en un leve detalle de mal gusto, explicable en su psicología de retracción, nos dice que tuvo el buen acierto de morirse a tiempo— recalquen por propia iniciativa en las ideas arriba expuestas?

Volvamos al entramado de ideas de Lestapis. Buen representante de la postura católica no se queda en una fundamentación teórica por noble que esta sea. Percibe el gran desequilibrio social hoy día en plena fermentación y en peligro de recrudecerse ante un aumento irresponsable de la natalidad y se dispone a distanciarse definitivamente de las dos posiciones «ultras» la de los comunistas y la de ciertos grupos sociales heterogéneos replegados en un culto primitivista a la fecundidad.

El ritmo de reproducción humana no ha de tener el perfil exhaustivo de la reproducción animal inconsciente. Móviles racionales pueden inhibirlo. Y en ocasiones deben hacerlo. La postura católica rechaza la «técnica» que supone *el control*, la «actitud de retracción» que lleva consigo la prevención de nacimientos y deja que se aice del círculo de ideas básicas que acabamos de exponer un asidero para la conducta humana que pretenda ser a un tiempo consciente y vital. Este asidero no es ni un elemento destructivo ni un elemento negativo como en los dos casos anteriores, sino positivo. Viene dado por la fórmula del papa Paccelli que antes apuntamos: la *regulación de nacimientos*. Regla dice estrecha relación a norma. Norma en los términos de la ética natural es el fundamento del ser racional en su perspectiva moral. La moral se nutre de pensamientos. De ascesis del instinto y de respeto a la persona. Y estos son los dos pilares de la nueva solución. Ascesis, contención, terreno difícil de escalada para el que el catolicismo pone automáticamente a disposición de los miembros de su religión el caudal de energías espirituales embebidas en su vida sobrenatural y sobre todo sacramental. Pero en todo caso no es un esfuerzo bruto, de ascesis como fin en sí misma, sino dificultad presta siempre a ser humanizada por los nuevos adelantos científicos al servicio de una mejor reflexión sobre el tema. El método Ogino-Knaus abre el camino a una sexualidad sin procreación logrando la superación de la insostenible división radical entre el placer sexual y la procreación y al margen de cualquier interferencia humana en el acto creador mismo portador de la persona.

La persona humana. Su respeto e inviolabilidad son el segundo pilar de la actitud concreta de la Iglesia católica. Fiel a sus principios el catolicismo reconoce en el hombre desde el primer momento de la fecundación este derecho y, consecuentemente, defiende al ser en los pasos inmediatamente anteriores e indispensables para su normal y completa garantía.

Esta postura delicada, alguien diría de equilibrio, del catolicismo no im-

plica, como ha indicado torpemente Sauvy en alguna ocasión, un retroceso desde antiguas posiciones extremadamente ambiciosas por espiritualistas. Son más bien el fruto de una profundización de los principios fundamentales inmovibles pero ágiles en las aplicaciones y, sobre todo, una percepción fina de matices que otras épocas ajenas al planteamiento práctico y agudo del problema no pudieron ofrecer.

Por lo demás la diferencia entre la postura de Lestapis, léase la católica, y la del control o la de la prevención de nacimientos, no es solamente teórica, sino que alcanza también a los resultados prácticos. No es igual el número de vidas que resta cada uno de estos sistemas. El control es una máquina que siega vidas, el ritmo de la máquina, es decir, en gran escala y sin atenuantes. La prevención actuando como factor represivo guarda las características del miedo como factor operante: se defiende más allá de lo imprescindible. En cambio la regulación de nacimientos es sólo una norma moral introducida dentro del funcionamiento de la vida. Es como el encauzamiento de una corriente. El estremecimiento vital esencia del matrimonio, continúa en pie. El hijo continúa siendo una bendición, no un enemigo. La familia del hijo único y más todavía la familia sin hijos tienen escasa cabida entre los que practican la regulación de nacimientos. Esta consecuencia última y tangible, comprobable por las estadísticas de la actitud católica, tiene una gran importancia a la hora de apreciar el riesgo del avejentamiento de la población que como dijimos entraña toda limitación abusiva de los nacimientos.

Demos un paso adelante. Esta fórmula ética de comportamiento personal pese al gran alcance que le prestan su racionalidad y asequibilidad, es insuficiente para abarcar el radio de solución que el problema de la población plantea. Su medida completa viene dada por una solución en el plano social que se superpone a la ya expuesta en el estrictamente personal. Porque las actitudes elementales del individuo terminan también en este terreno repercutiendo a través de múltiples cauces e interferencias en la situación demográfica total traducida de algún modo en los balances estadísticos. Ninguna unidad se pierde en el espacio. Cada vez que en la intimidad de una familia se decide la aceptación o el rechazo de un hijo, allá lejos en la superficie el panorama social colectivo acusa el impacto; hay un factor más de subalimentación, o de intensificación del paro, o por el contrario se introduce un germen de rejuvenecimiento en una pirámide social tarada de avejentamiento, se abre camino el que será un individuo capacitado, creador de riquezas.

De ahí que sea preciso captar también esta vertiente social y macroscópica de las soluciones demográficas.

Es un hecho que todas las teorías activas en torno a la natalidad compaginan un criterio concreto referente a la persona con otro plan más amplio y de eficacia indirecta que actúe en la periferia social.

Este plan puede resumirse en dos capítulos: Por un lado educación de base y desarrollo de las estructuras económicas débiles, y por otro lo que pudiéramos llamar fe en el porvenir, desarrollo del campo de la invención, margen de posibilidades hoy inéditas o en germen. La diferencia por tanto

no la hemos de encontrar en el hecho admitido y aun realizado por todos, sino en la forma y medida. Así vemos que difiere más allá de las condiciones ideológicas, la ayuda prestada a los países subdesarrollados por el bloque comunista y el occidental, representantes ambos de dos actitudes contrapuestas en materia demográfico-natal. Y el tipo de realizaciones llevadas a cabo en los mismos países por el grupo católico son distintas históricamente sobre todo —aquí la labor específica y plenamente indiferenciada de las misiones católicas— y aun en la actualidad, de las llevadas a cabo por el grupo protestante.

Pero pasando por alto el estudio de estos programas de elevación social que nos llevaría demasiado lejos, vamos a ceñirnos al segundo de los capítulos de ese amplio plan en vista a hacer frente a la escala macroscópica y social al ineludible crecimiento de la población: la puesta en marcha de recursos inéditos de fe en el porvenir. Resulta interesante observar la postura escéptica que merecen para Sauvy todo ese mundo de soluciones que hoy alumbran, capaces de contrarrestar cualquier crecimiento de la población, llámense roturación de terrenos improductivos, posible habitabilidad de otros planetas en su sentido amplio, fotosíntesis, aprovechamiento de las algas marinas, y la sincera simpatía con que las acoge y cultiva Lestapis. Sauvy terminará agarrándose a la píldora anticonceptiva como a un último recurso mientras que Lestapis dirá de ella después de rechazarla de plano como solución teórica que «su realización parece alejarse cada vez más».

Tal vez nunca a lo largo de nuestro desarrollo han estado las dos obras y con ellas las dos posiciones-centro tan alejado y nunca tan próximas, ¿por qué?

Después de un análisis cuidadoso, todo libro de auténtico valor termina siendo un mundo cerrado y riquísimo en el que todo se muestra y explica sin salir de él. Sauvy nos habla en las primeras páginas de su obra del fenómeno de la conciencia humana como concomitante a la aparición de la limitación de nacimientos: «el control y la medida fueron a la par», dice él. Es claro por capítulos del pensamiento anteriores a la demografía que el hombre moderno se distingue por una calidad de reflexión que le introvierte. Está ya dicho sobradamente que el hombre anterior a la edad moderna era extrovertido. La captación del interior del hombre y luego su descubrimiento y profundización caracterizan a la edad moderna desde Descartes a Heidegger. En este proceso de sensibilidad reflexiva hubo un momento mediado el siglo XVIII en el que el hombre comenzó a verse numeroso y sobre todo en peligroso creciente. Sobrevino el miedo colectivo e inconsciente. Malthus no haría más que airear valientemente en la superficie este sentimiento larvado, reducir a una fórmula matemática la vaga intuición de temor desesperanzado que flotaba en el ambiente.

Malthus muere en 1884. Su *Ensayo sobre el problema de la población* sería el libro de texto en los hogares de la naciente burguesía liberal francesa y europea; unos años más tarde, en 1857, Bandelaire lanzaba al público

su *Les fleurs du mal*, «el ápice de la experiencia moral del siglo XIX», como dice Pedro Laín: esta obra que después de leída ofrece una sola disyuntiva, dice también recogiendo una cita del mismo autor: «o saltarse el cráneo o hacerse cristiano»⁴. La experiencia moderna de la desesperanza había llegado a su cumbre. Desde entonces Europa se ha saltado el cráneo dos o tres veces.

Hay por otro lado una categoría sin tiempo y espacio que el catolicismo arrancó de su mismo origen y ha conservado siempre atrayendo adeptos de antes de ahora: la esperanza. Lestapis la recoge plenamente: «La Iglesia es ese movimiento místico que quiere hacer de la humanidad una nueva especie... a base de una fe más viva en los valores de la existencia... poniendo en servicio las fuerzas oscuras de la naturaleza...».

Superconciencia y esperanza enfocarán necesariamente las posibilidades del hombre y de la naturaleza, de muy distinta manera. La primera se retrae. La segunda emprende el camino.

Es indudable que el repliegue ultraconsciente es un juego peligroso. No le justifica su modernidad. Amenaza con encerrar al hombre en un círculo de reflexión y preocupación intensa. La respiración ancha, absorbiendo las energías psico-físicas del exterior parece deber condicionar todo avance armónico del hombre. Existe concretamente una hipótesis que el análisis de la historia convierte en ley, de que todos los problemas, valga su formulación maniquea, que se alzan como monstruos del mal, en contra de la naturaleza y del hombre, terminan por encontrar un gigante espiritual del bien que con el arma ingenua de una honda o la ligera dotación de tres carabelas, se impone y le aplasta. Es la ley del equilibrio de las fuerzas internas ciegas pero intuitivas que Dios puso en los seres, fundamento objetivo de nuestra esperanza, del complejo de elación, diríamos, del cosmos.

Hoy se ve con horror el panorama de una humanidad que al ritmo actual de crecimiento contará solamente dentro de seiscientos años con un metro cuadrado por persona en el globo que habita. El número guarda siempre una fuerza de obsesión que aquí nos turba una vez más. El humorista es el único capaz de romper esta situación entre penosa y ridícula: «Todo depende de quien le toque a uno al lado». ¿Pero qué hubiera pensado nuestro hombre moderno si con su talante psicológico de desesperanza declarada hubiera vivido las horas difíciles en que un puñado de hombres indefensos veían avanzar, década tras década, generación tras generación, los hielos del último período glaciario, arrastrándoles más y más hacia el sur y arrinconándoles en las cuevas? La esperanza les mantuvo hasta que en la madrugada de una generación los hielos comenzaron a descender de nuevo y se abrió ante sus ojos el perfil de un paisaje lentamente bienhechor y tonificante.

La historia de la humanidad ha estado herizada siempre de estos obs-

⁴ LAÍN ENTRALGO, *La espera y la esperanza*. Madrid, 1957, p. 261.

táculos, verdaderos gritos de angustia, ante los que la esperanza abrió brecha sobre el futuro incierto: la caída del imperio romano, la conquista árabe, la peste negra, la amenaza turca en los comienzos de la edad moderna...

CONCLUSIÓN

El problema de la natalidad hay que resolverlo sobre un horizonte de esperanza. Ahora bien, el peligro de ésta consiste en poder convertirse en ocasiones en un canto y no saber encarnarla en una fórmula desarrollada que avanza trabajosa, pero eficazmente, sobre el terreno de las realizaciones. Es aquí donde la postura católica tiene que proteger su flanco más débil. Sauvy nos dice que si en nuestros días se distribuyesen todos los alimentos de la tierra, nadie pasaría hambre. Y sin embargo la subalimentación se ceba en un tercio de la humanidad. Esta realidad elemental adquiere a los ojos del pensamiento católico un perfil peculiar de responsabilidad. Existen barreras de otra índole. Pero es cierto que la exigencia social que la postura católica pide a sus seguidores tienen aún muchas etapas que cubrir hasta calar en el fondo de las conciencias. Muchas riquezas mal repartidas y peor usadas claman en los hogares de ese tercio de la población mundial víctima del hambre, destinada a un porvenir más incierto todavía, a menos que reduzca drásticamente sus nacimientos. El dilema de segar vidas que no puedan crecer dignamente o repartir la riqueza entre un número mayor de seres que cubra el amplio número de una población que no se somete al «control» o a la «prevención», se precisa como una reducción lógica e intransigente.

Es aquí donde Sauvy revierte indirectamente —pues la responsabilidad es común— sus lecciones sobre el fondo de ideas de Lestapis. Es preciso que las frases frías y calculadoras hasta ser desesperantes del demógrafo francés cautericen el hervor de entusiasmo que entraña toda actitud formalmente católica cimentada en unos principios morales bellos y alentada por la esperanza; le den la medida de las enormes dificultades que entraña y le inciten a deletrear modestamente sus soluciones. Así de esta compenetración fecunda de las dos «posiciones centro» que hemos venido estudiando puede derivar un alejamiento definitivo de las dos actitudes extremas: la del exterminio y la de la proliferación animal y ciega, la neomalthusiana y la comunista y ancestral.

Llegados a este punto no creo pueda calificarse de extrapolación de fácil dialéctica el decir que no hay problemas sino el Problema, no ciencias sino la Ciencia. En todo hay ecos lejanos de una misma melodía. Lo europeo cristiano quintaesenciado, depurándolo todo pero asimilándolo todo puede solo dar el golpe seco de timón que logre desencallarnos y enfilar nuestra ruta. Las dos Europas, una más cristiana que técnica, otra más técnica que cristiana, la primera con fe, sin esperanza la segunda. ¿No se podrán unir? Si el acercamiento tiene que comenzar por nosotros aunque sólo sea por

nuestro humanismo más acendrado, podemos decir que el día en que la postura católica sea revisada a base de someterla a prueba de eficiencia en sus realizaciones a la escala técnica y social, podremos también deshacer como un caparazón vacío, ese reducto pseudomaithusiano, la más noble entre las actitudes erróneas que hoy nos salen al paso en el difícil problema de la natalidad. Del cerco de la desesperanza sólo se puede salir con una fórmula de esperanza eficaz.

NAZARIO GONZALEZ, S. I.